

Geografía de la razón (Sobre la crítica kantiana a la cosmología)

A mis estudiantes de filosofía

Abstract. *In his criticism to metaphysics, Kant questions the basis of the rational cosmology that is structured from the idea of "world". Thus, he draws the map of a forbidden world, which cannot be the object of scientific knowledge. This article deals with the four antinomies that bring about such idea: is the world finite or infinite? Are there simple elements in matter or is the divisibility infinite? Is freedom possible in natural causality? Is there a necessary being or is the world self-sufficient? To the latter, I add a final thought about the achievements of the kantian critique in relation to morality.*

Key words: Kant, rational cosmology, antinomy, metaphysics.

Resumen. *Kant, en su crítica a la metafísica, cuestiona las bases de la Cosmología racional, estructurada a partir de la idea de "mundo". Traza así el mapa de un mundo prohibido que no puede ser objeto de ciencia. Este artículo versará sobre la cuatro antinomias que produce tal idea: ¿es el mundo finito o infinito?, ¿hay elementos simples en la materia o la divisibilidad es infinita?, ¿es posible la libertad en medio de la causalidad natural?, ¿existe un ser necesario o el mundo se basta a sí mismo? A esto se agrega una reflexión final sobre los alcances de la crítica kantiana en relación con la moralidad.*

Palabras clave: Kant, cosmología racional, antinomia, metafísica.

¡Sapere aude!, nos dice Kant en su escrito de 1784 "¿Qué es la Ilustración?", y agrega: "¡Es tan cómodo no estar emancipado!" (1985, 25). ¿Prefirió acaso Kant la incomodidad de la autonomía? A eso parece apostarle no solo en el orden moral, político y religioso, sino también en la dimensión del conocimiento. ¡Otra cosa es que lo lograra siempre! Por lo menos el famoso giro copernicano de su primera *Crítica* tenía este sentido: poner nuevamente al entendimiento humano en el centro, no para garantizarle un punto estático, una especie de fortaleza deficiente, antes bien, para redefinir el mundo con los recursos finitos humanos, a pesar de los desapoderados sueños de la tan humana razón.

La crítica epistemológica, por tanto, es ponderativa, y su criterio, delimitador: *lo que podemos conocer es una isla en medio del gran mar de lo desconocido*¹ (CRP. A 235-236, B 295). Kant quiere constituir una verdadera "geografía de la razón" para explorar esa isla: describirá y medirá el terreno, pondrá las demarcaciones necesarias, trazará un mapa de los posibles recorridos y planeará las obras de construcción desde sus cimientos. *Esta es su teoría de la ciencia*. Pero también intentará, sobre las coordenadas del mapa de la isla, confeccionar un mapa marítimo para dirigir la aventura del marinero en el océano desconocido, a sabiendas de que el objetivo de la empresa no es descubrir nuevas tierras y adueñarse de ellas, sino marcar un punto imaginario, un meridiano utópico donde situar los sueños de la razón. *Esta es su crítica a la metafísica*.

Así, el mismo Kant resume su labor crítica estableciendo una diferencia con la obra de Hume, ese despertador de sueños dogmáticos:

[...] se trata de una ciencia completamente nueva, en la cual nadie hasta ahora había pensado, cuya sola idea era desconocida y para la cual ningún material podía ser utilizado, a no ser la única indicación que podían ofrecer las dudas de Hume, aunque este nunca vio la posibilidad de tal ciencia formal, sino que, para poner sobre seguro su barca, la hizo fondear en la costa (del escepticismo) donde podía permanecer y podrirse; en cambio a mí me importa darle a esa barca un piloto que, siguiendo los principios propios de su arte, obtenidos de la ciencia del globo, y provisto de un mapa marítimo completo y de una brújula, pueda conducir la barca con seguridad adonde quiera ir.” (1965, 15-16)

I. Una cartografía barroca

Pero tanto la cartografía para explorar la isla como la cartografía de las “ilusiones de la razón” resultaron complicadas, llenas de divisiones y conexiones topológicas y guiadas por una inconcebible “manía arquitectónica”, además barroca:

Es tal la rebuscada y artificial simetría de esta estructura impuesta que, si en la filosofía a algo se le puede llamar así, merece el calificativo de barroco (Strawson, 1975, 21)

Para Kant, el origen de la “ilusión trascendental” está en el intento de la razón por liberarse de los confines de lo empírico, en el uso extendido de las categorías hasta lo incondicionado. Es decir, cuando llevamos las categorías del entendimiento fuera de los límites de la experiencia posible.

Es aquí donde se hace necesaria una “crítica” que promueva el “uso regulador de las ideas de la razón pura”. Mientras la obra del entendimiento se detiene en la *constitución* de los objetos de la experiencia posible, la razón, inevitablemente, quiere ir más lejos: pretende introducir una unidad más alta (absoluta) en los conocimientos alcanzados por el entendimiento.

Hay así, según Kant, una gran diferencia entre buscar para toda condición otra condición ulterior y pretender alcanzar la condición absoluta (incondicionada); en el campo de los ideales la razón supone que la cadena de condiciones tiene efectivamente un último miembro incondicionado, es decir, *que la serie de condiciones puede completarse*.

Tanto el entendimiento como la razón tienen como tarea unificar lo diverso, pero el entendimiento lo hace con los fenómenos, mientras la razón, con los conocimientos ya elaborados por el entendimiento. ¿El propósito de la razón?: alcanzar una condición totalmente independiente, un primer miembro que ya no tenga condiciones. Esta, según Kant, es una tendencia inevitable, pues nos perseguirá siempre la ilusión de transformar las series indefinidas en series completas. Por un lado, nuestro entendimiento busca explicar el por qué de los fenómenos mediante relaciones y series de relaciones, es decir, hacer ciencia; por otro, la razón también se ilusiona y quiere ir más allá de esta experiencia, hasta un primer miembro incondicionado en la serie de relaciones que, además, dé sentido y “reposo” a la búsqueda.

Si el problema tiene que ver con el carácter *relacional* de la razón, la “manía arquitectónica” conduce a Kant hasta su famosa “tabla” de categorías, específicamente a las de relación, para destacar su *uso* (por parte del entendimiento) y su *abuso* (por parte de la “razón ilusionada”). Así como se sostuvo en la “Analítica” que las categorías se deducían de las formas del juicio, ahora se sostiene que las ideas o conceptos sofisticos serán tantos como las clases de relación que el entendimiento se representa por medio de las categorías.

Cuántas y cuáles serán estas ilusiones o “conceptos sofisticos” dependerá entonces de la extralimitación de las tres categorías de relación, que por exceso conducen a las desapoderadas ideas del alma, el mundo y Dios.

La primera es una ilusión *psicológica*. Por abuso de la categoría de sustancia, conduce a “paralogismos”: soñamos con unificar todas las condiciones “subjetivas” de las representaciones en la idea de alma. La segunda es una ilusión *cosmológica*. Extralimita la categoría de causalidad y lleva a “antinomias”: soñamos con un último referente para toda condición objetiva, con la idea de mundo. La tercera ilusión es *teológica*. Lleva más allá de lo posible la categoría de comunidad (entiéndase la relación entre fundamento y consecuencia): soñamos con la suprema condición de todo lo posible, con la idea de Dios y el vano intento de probar su existencia. (Cfr. *CRP*, “Dialéctica trascendental: Sistema de las ideas trascendentales”, A 333-338, B 390-396)

Dejemos de lado, por ahora, las ilusiones sobre el alma y Dios, para desplegar el mapa kantiano del mundo prohibido, el mundo soñado como totalidad.

II. La ilusión cosmológica o el encuentro con el mundo prohibido

La cosmología racional es la disciplina metafísica que construye argumentos antinómicos al pretender completar la serie de los fenómenos con una última y abarcadora idea, la de mundo. ¿Nos desorienta la topología? Repasemos el mapa: cuando la razón sueña, *relaciona* cosas imposibles. Así los “sueños” o ideas de la razón se clasifican siguiendo la ruta del “abuso” de las categorías de relación, para desembocar en las ideas de alma, de mundo y de Dios. Ahora bien, si enfocamos en este mapa los problemas propios de la idea de mundo, Kant señala cuatro caminos prohibidos y para nombrarlos vuelve reiterativamente sobre las cuatro clases de categorías: la cantidad y la cualidad del mundo (antinomias matemáticas) y las de su relación y modalidad (antinomias dinámicas):

Las cuestiones son las siguientes: si el mundo tiene un comienzo y su extensión posee algún límite en el espacio; si hay o no en alguna parte, acaso en mi yo pensante, una unidad indivisible e indestructible, o bien no existe más que lo divisible y pasajero; si soy libre en mis acciones, o bien como ocurre con otros seres, estoy sometido a la dirección de la naturaleza y del destino; si existe, finalmente, una causa suprema del mundo, o bien son las cosas naturales y su orden lo que constituye el objeto definitivo al que debemos atenernos en todas nuestras consideraciones... (CRP. A 463, B 491)

A. Primera antinomia: ¿el mundo es finito o infinito?

La respuesta finitista sostiene que las series causales tienen un último término, es decir, que el mundo tiene un comienzo en el tiempo y, con respecto al espacio, está igualmente encerrado entre límites. La antítesis infinitista, en cambio, se inclina por la idea de un mundo infinito: *si el mundo fuera una totalidad finita, ¿qué habría*

fuera de sus límites? (Este argumento recuerda al de Arquitas de Tarento).

Kant, al fin y al cabo influido por la física infinitista de Newton, menciona pero no desarrolla otra posible versión de la tesis: que el mundo fuera una totalidad finita, sí, pero en un tiempo y un espacio también finitos. Lo que se afirmaría implícitamente en esta versión es algo inadmisibles para Kant: que tanto el espacio como el tiempo comenzaran con el mundo.

Pero dejando este asunto de la versión “imposible” de la tesis, ¿cuál sería el problema que Kant ve en la cosmología racional (metafísica)? Que confunde un sueño legítimo de la razón (dar cuenta del mundo en su totalidad), con el conocimiento posible de ese mundo. Por eso la cosmología no es ciencia sino naufragio metafísico en el mar imposible de la “cosa en sí”, acerca de la cual solo nos es dable el pensamiento.

¿Cómo pretende Kant sacar a la razón de este embrollo? Declarando inconsistentes tanto a la tesis como a la antítesis, en la medida en que ambas quieren alcanzar lo incondicionado. El finitismo de la tesis cree agotar la serie causal al afirmar que es posible conocer la totalidad del mundo, ya que esta es finita (existe un primer miembro incondicionado que da sentido a todo el proceso); la antítesis, quizás más pretenciosa aún, declara que el mundo es infinito y que además puede ser conocido.

El conflicto, según Kant, es vano, sin mérito. No se trata de juicios contradictorios, donde si uno es verdadero, el otro, necesariamente sería falso. Se trata de una simple contraposición de juicios, donde ambos pueden resultar falsos.

B. Segunda antinomia: ¿Existe un límite para la divisibilidad de la materia?

Según la tesis de la segunda antinomia el mundo se compone de partes simples (la división tiene un límite) y según la antítesis no existe nada simple en el mundo (la división es infinita). Si partimos de la idea de totalidad del mundo, sea este un compuesto de partes simples o un continuo divisible *ad infinitum*, se presenta la antinomia: o la materia desaparece en lo simple que ya no sería materia (pues se parte, además, de que toda materia es compuesta), o desaparece en la

nada de la continua división. Así, o se afirma, con la tesis, la simplicidad de los elementos que componen el mundo pues este no puede ser una suma de “nadas” o de indeterminaciones; o se asegura, con la antítesis, que lo absolutamente simple es un límite perentorio, pues en cualquier momento puede ser superado. Este último argumento también es una recapitulación del de Arquitas, como en la antítesis de la primera antinomia.

Es por disyuntivas como esta que Kant opta por considerar la totalidad del mundo, sea en su extensión como en su divisibilidad, solo como una idea orientadora: el mundo solo es un concepto problemático. La “solución” kantiana (igual que en la primera antinomia) declara falsas tanto la tesis como la antítesis, y apuesta por el infinito potencial: podemos seguir dividiendo más y más la serie, pero nunca nos encontraremos ni con el elemento más simple, ni con el infinito en acto. La divisibilidad entonces no tiene un límite ni es infinita, es *indefinida*: el último elemento y el infinito en acto no son, ni serán nunca, objetos de la experiencia posible.

C. Tercera antinomia: ¿causalidad o libertad?

Para Kant, la naturaleza obedece a leyes y de allí su coherencia, pero esto no satisface a nuestra razón cuando se plantea el tema de la libertad, pues esta parece romper el hilo conductor de las reglas.

El problema no es simple para Kant, quien en su teoría de la física había dejado sentado ya que todos los fenómenos del mundo sensible eran interdependientes y que seguían leyes naturales rigurosas. ¿Puede haber libertad en medio de esta determinación? La tesis responde con un optimista sí; en la antítesis, en cambio, no hay un lugar para la libertad, pues queda excluida por la necesidad de la naturaleza.

La cuestión reside en si sigue siendo posible, en el caso de que admitamos que en la serie entera de todos los acontecimientos no hay más que necesidad natural, considerar como posible que esa misma necesidad natural sea mero efecto de la naturaleza, por un lado, y efecto de la libertad, por otro; en si no hay una contradicción directa entre estas dos clases de causalidad. (CRP: A 543, B 571)

¿Hay solución para este dilema hamletiano? Kant piensa que sí cuando cree reconocer dos formas de causalidad: la del entendimiento, que se sitúa en el orden de los fenómenos y la de la razón, mucho más amplia, que actúa sobre lo inteligible. ¿Dos formas de causalidad?, ¿de dónde saca Kant este convencimiento? ¿De los imperativos de la dimensión práctica de la razón! (y el asunto empieza a deslizarse hacia una especie de falacia de *petición de principio*):

El deber expresa un tipo de necesidad y de relación con fundamentos que no aparece en ninguna otra parte de la naturaleza. (CRP. A 547, B 575)

Las así llamadas “necesidades de la vida moral”, están en otra parte, no tocada por el determinismo de la naturaleza. Por eso, la conformidad entre naturaleza y moral no será el resultado de un juicio objetivo sino de una reflexión que funde solo subjetivamente el acuerdo. Kant quiere que aceptemos que esta “solución” es perfectamente racional y pone por delante el argumento de que la razón es más amplia que el entendimiento: este da cuenta del inexorable orden natural, pero la razón, tratándose de moral (en su uso práctico) postula, es decir, “pide” legítimamente que la libertad sea.

D. Cuarta antinomia: ¿existe un ser necesario o el mundo se basta a sí mismo?

La tesis de esta cuarta antinomia se aventura con la afirmación de que el mundo posee un ser necesario, sea como parte o como causa suya. Para demostrar tal aserto se recurre al argumento cosmológico: *ascender* desde lo condicionado y contingente hasta lo incondicionado y necesario (sin suponerlo previamente, que correspondería al argumento ontológico). Pero por esta vía no se puede decidir si ese ser es el mundo mismo o es algo distinto de él (Cfr. CRP. A 456, B 484). Si fuera algo distinto, su afirmación implicaría un salto injustificado en la serie de condiciones causales, una *μεταβασις εις αλλο γενοσ*. Y si fuera parte del mundo, no habría justificación para detenernos en algún punto de las series contingentes de causas.

La antítesis parte de la desestructuración del argumento cosmológico, pues afirma que desde lo contingente solo alcanzamos lo contingente. Kant hace aquí una observación muy interesante:

En esta antinomia se pone de manifiesto un extraño contraste: las mismas razones de las que se infirió en la tesis la existencia de un primer ser, son empleadas en la antítesis para inferir, con el mismo rigor, su no-existencia. (CRP. A459, B 487)

¿Por qué ocurre esto? Es una cuestión de énfasis argumentativo. Si se habla de “totalidad de las series contingentes”, la tesis atiende solo a la noción de totalidad de la serie, mientras la antítesis pone el acento en la noción de contingencia.

Kant compara la dificultad con un problema astronómico de su época, que dio lugar incluso a un tratado (escrito por Mairan, un filósofo y matemático francés). El problema consistía en afirmar, por un lado, que la luna gira alrededor de su eje puesto que siempre presenta a la tierra la misma cara; y por otro, que la luna no gira alrededor de su eje por la misma razón. Todo dependía del punto de vista asumido para observar el movimiento lunar.

De este modo, al igual que en la tercera antinomia, Kant concluye que en esta última sus dos argumentos pueden ser ambos verdaderos, *pero desde diversos puntos de vista*, con lo que no se ve afectado el principio de *no contradicción*.

III. ¿Qué hay antes de la crítica a la antinomia?

La pregunta tiene que ver con lo que parece estar siempre presente y en primer lugar en las reflexiones de Kant sobre el conocimiento:

Tuve, pues, dice Kant, que suprimir el saber para dejar sitio a la fe, y el dogmatismo de la metafísica, es decir, el prejuicio de que se puede avanzar en ella sin una crítica de la razón pura, constituye la verdadera fuente de toda incredulidad, siempre muy dogmática, que se opone a la moralidad. Aunque no es, pues, muy difícil legar a la posteridad una metafísica sistemática, concebida de acuerdo con la crítica de la razón pura... constituye un regalo nada desdeñable. (CRP: B XXX)

Pero la “cronología” existencial que Kant señala (primero el saber y luego la fe) bien podría ser la inversa (primero la fe y luego el saber). La *Crítica de la razón pura* muestra, y en muchos casos hasta demuestra, el “dogmatismo de la metafísica”; pero Kant padece del *horror vacui* de todo creyente, el vacío o la “falta de sentido” es insoportable. Tanto, que erige sobre las cenizas de la vieja metafísica otra metafísica, según él “sistemática” y trazada, ni más ni menos, sobre el mapa de lo prohibido. Ya puede estar tranquila la razón, pues ha sido liberada de paralogismos, antinomias y vanas pruebas teológicas; ahora sí puede desplegar sus alas para sobrevolar un terreno bien medido, pero limitado. Se entra en el mundo de la necesidad moral, con pleno conocimiento de la necesidad natural. La “geografía de la razón” continúa, pero ya no de la razón que hace ciencia (en tanto entendimiento), sino de la razón de la moralidad, la religión, el arte...

Si bien la epistemología kantiana precede cronológicamente a la ética, es esta la que aparece en primerísimo lugar en el ánimo y las expectativas de Kant, tal como lo destaca Giovanni Papini:

Así, Razón Práctica y Razón Pura concurren en la misma obra y llegan a conclusiones paralelas. Kant ha cumplido lo que *debía* cumplir. La moral amenazada por el relativismo empirista, la ciencia amenazada por el escepticismo, la metafísica amenazada por la ciencia, tenían necesidad de un salvador. Kant, que tenía necesidad de todas esas cosas, ha sido el taumaturgo que ha obrado el milagro y ha salvado todo o casi todo sin destruir nada o casi nada. Su necesidad de orden moral ha socorrido a la moral, y por consiguiente a la metafísica, mientras su necesidad de orden racional ha salvado a la ciencia, y por consiguiente la ha limitado. (1962, 20)

Se trata entonces de una “geografía” de la Razón Práctica, que construye un nuevo mapa, ya no de lo prohibido, sino de lo debido: el mapa de los fines, cuyas coordenadas, objeto de repudio en la teoría de la ciencia, adquieren ahora carta de ciudadanía: el alma inmortal, la libertad y Dios ya no son ilusiones de la razón, se han transformado en postulados o puntos de partida establecidos por decreto, ¡de lo contrario no sería posible la moralidad!

Y ¿de dónde salen estos postulados? De un acto de fe que precede al saber, aunque la primera *Crítica* haya disimulado al máximo esta precedencia. El alma inmortal ya no conduce a los parallogismos de la psicología; la libertad ya no se opone a la causalidad natural, sino que dialoga con ella; la existencia de Dios ya no requiere de pruebas, ahora es un postulado que no se discute.

Kant se sitúa en medio de dos mundos y, como el *daimon* socrático, cree participar de los dos. Por un lado, el mundo del *cielo estrellado* (con la prevención de circunscribirlo al conocimiento de la física, no a los sueños de la cosmología); por otro, el mundo de la *ley moral* y todos sus fines (si aceptamos que la moral tiene su propia causalidad). Ambos mundos son posibles sin contradicción: hay verdades de la naturaleza y hay verdades de la moral.

Pero, ¿es necesario recurrir a los postulados que Kant decreta para fundamentar una moral? Mi respuesta, en principio, es negativa, y este será tema de otra reflexión.

Nota

1. La *Crítica de la razón pura* se citará como CRP.

Bibliografía

- Kant, I. (1985) *¿Qué es la Ilustración?* (Trad. E. Ímaz). México: F.C.E.
- _____. (1984) *Crítica de la razón pura* (Trad. Pedro Ribas). Madrid: Alfaguara.
- _____. (1965) *Prolégomènes a toute métaphysique future...* (Trad. G. Gibelin). Paris : VRIN.
- _____. (1961) *Crítica de la razón práctica* (Trad. Rovira Armengol). Buenos Aires: Losada.
- Capec, M. (1973) *El impacto filosófico de la física contemporánea*. Madrid: Tecnos.
- Fonseca, A. L. (2001) Cosmología y antinomia. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XXXIX (98), 141-152.
- Papini, G. (1961) *El crepúsculo de los filósofos*. Barcelona: Editorial Mateu.
- Strawson, P F. (1975) *Los límites del sentido*. Madrid: Revista de Occidente.